

DESTELLO BLANCO

Un destello blanco cruzó el cielo, advirtiendo a todas las personas a varios kilómetros a la redonda de que había vuelto a suceder. En las ruinas del bosque, un desorientado grupo de adolescentes trataba de encontrar una explicación a lo sucedido, al mismo tiempo que ascendían hacia la superficie, alejándose del cráter. Resguardados por la salvaje maleza, sus huellas quedaron a cubierto antes de la llegada de los visitantes, que sólo tardaron unos minutos en organizarse para llegar hasta allí después del resplandor.

La expedición llegó hasta el linde del bosque antes del anochecer, y buscaron cobijo sin ser vistos en un edificio residencial en ruinas, desde el que podían ver toda la devastada ciudad. Aunque la localización de los edificios se correspondía con la que ellos conocían, el estado de destrucción y decadencia era nuevo para ellos. Apenas habían cruzado un par de palabras entre ellos al llegar allí, asimilando cada uno a su manera lo que había podido suceder.

Con las únicas provisiones y herramientas que cargaban en sus mochilas para pasar un fin de semana en el bosque, debían encontrar la forma de sobrevivir. Todos contaban con los mismos conocimientos de supervivencia, y habían sido entrenados desde pequeños en el mismo campamento, pero fue el mayor de ellos quien adoptó el liderazgo del equipo, dividiendo a las dos docenas de personas en pequeños grupos con tareas específicas, comida, exploración, fuego, refugio... cada una de ellas era imprescindible para sobrevivir y tenían pocas horas para completarlas antes de que la luz solar les abandonase.

Para cuando la luna ocupó la posición del sol en el cielo, la banda había conseguido adecuar la primera planta del edificio para dormir, juntando antiguos armarios, telas y ramas, que formaban un colchón sobre el suelo. En el centro, las llamas de la hoguera iluminaban el espacio, pintando con sombras las paredes. El humo se escapaba por un agujero en el techo que ascendía hasta la siguiente planta. Cerca del fuego unas ratas se tostaban sobre palos, esperando a ser devoradas por los adolescentes, junto a algunos cuencos improvisados con hojas que contenían bayas moradas. En los alrededores nada habían encontrado que indicase que estaban acompañados en la ciudad, aunque el equipo de exploración no había podido alejarse más allá de un par de calles de distancia.

Antes de dormir establecieron turnos de vigilancia, apagaron el fuego por precaución y trataron de dormir, sin éxito en la mayoría de los casos. Todos sabían que el descanso era primordial en la supervivencia, y al menos debían conservar las fuerzas hasta encontrar una fuente de agua dulce.

Los esfuerzos del día siguiente se centraron en este objetivo, peinando el bosque por parejas en diferentes direcciones. Al mismo tiempo iban recogiendo hierbas y hongos que podían ser fuente de alimento. La cena de ayer les había confirmado que la flora del lugar

seguía siendo la misma que del lugar del que provenían, así que podían confiar en sus conocimientos para identificar las plantas comestibles.

Oculto debajo de helechos y raíces de árboles encontraron diminutos riachuelos que surcaban la tierra como lombrices infinitas. No era suficiente para sumergir la cantimplora en su cauce, pero en los días siguientes el equipo de construcción se encargó de canalizar el agua hacia un estanque y disponer un sistema de riego, en la sombra del borde del bosque, en el que cultivar las semillas y hierbas que habían recogido.

En una semana las diez plantas del edificio estaban acondicionadas para vivir, almacenar comida, fabricar objetos a partir de los escombros y vigilar desde la azotea los alrededores. Al final la exploración se había dirigido hacia el bosque, en lugar de la ciudad, ya que no querían internarse entre unos edificios en los que tantas vivencias habían compartido. Pero no todos los integrantes del grupo pensaban igual.

Reprimida por la negativa del líder del grupo, su pareja intentaba conseguir el permiso y equipo necesario para explorar más allá de la urbanización. Lo único que había conseguido hasta el momento era volver al punto de partida en el que aparecieron, descubriendo que se trataba de un antiguo y abandonado centro de investigaciones. Pero allí todos los archivos se habían perdido, la energía remanente no era suficiente para encender pantalla alguna y la ceniza que se amontonaba sobre ellas indicaba un gran accidente que había sucedido mucho tiempo atrás.

A pesar de todo lo que habían conseguido en tan poco tiempo, la moral del grupo era muy delicada, y el líder no quería arriesgarse a que sus hallazgos destruyesen el delicado equilibrio que estaban consiguiendo. Aunque él también quería saber lo que había ocurrido, toda mente racional quería conseguir una explicación. Así que al final, en secreto, la chica pudo marchar hacia la ciudad, con un viejo mapa en la mochila y provisiones suficientes para cinco días.

Sabía que no necesitaba tanta carga en el macuto, tenía claro su objetivo, pero el líder había insistido, en caso de que algo fuese mal, es mejor ir preparado, le había susurrado esa noche mientras dormían. La misma tarde que se despidió de él con un beso en los labios, llegó a su destino. Sin detenerse en las ruinas ni callejear, sus pasos le habían llevado hasta la biblioteca general de la ciudad.

Paso allí la noche y el día siguiente, rescatando los pocos libros que aún se podían leer. La energía también se había perdido en aquel lugar, pero los registros escritos dieron suficientes pistas a la chica para establecer una teoría. Emprendió la vuelta al campamento con las pruebas que necesitaba sin percatarse de los ojos que la habían observado durante su estancia. Compartió la hipótesis con el líder durante la noche, en la azotea del edificio, donde nadie podía escucharlos, y a la mañana siguiente se puso en conocimiento del equipo.

Aunque el sol brillaba en el cielo, las miradas de los chicos se fueron apagando, y solo el refugio de la rutina del trabajo logró mantenerlos con vida. Ese mismo día la chica estableció un departamento de investigación en la cuarta planta del edificio y se encerró allí para intentar encontrar una solución, una manera de llevarlos a todos de vuelta a casa.

Las labores trajeron su mente de vuelta a la realidad, cuando el número de integrantes de los grupos comenzó a reducirse. Algunos de ellos habían salido a explorar, hacia sus antiguas casas, mientras otros se habían internado en el bosque. Nadie quería que aquello sucediese, y mucho menos que las vidas de la familia se perdiessen. Así que la chica cogió el único medio de transporte que habían sido capaces de arreglar y pedaleó siguiendo las huellas de la mejor agricultura del grupo.

Ya estaba anocheciendo cuando advirtió que sus pisadas se internaban en el almacén de contenedores del puerto. Estaba segura de conocer el camino de vuelta, pero nunca se habría atrevido a llegar hasta allí por su cuenta. En aquel lugar algo parecía fuera de lugar, telas de cuero colgaban de postes al lado de los contenedores oxidados y vestigios de civilización se podían advertir en la calzada, aplastada por pisadas, y la colocación ordenada de los cubículos de metal parecía cumplir algún propósito.

No habían fabricado armas, ni siquiera se les había ocurrido que pudiesen estar acompañados en un mundo tan salvaje. Así que la chica ocultó la bicicleta y caminó despacio hasta donde las huellas de su amiga desaparecían. Una antigua fábrica, quizás el lugar en el que había sido entrenada. Cada uno de ellos había sido expuesto a diferentes entornos y puesto a prueba de maneras que no estaban autorizados a compartir.

Antes de que alcanzase la puerta y el chirriar del metal delatase su posición, la chica se volvió ante una presencia, que resultó ser un chico, algo mayor que cualquiera de su grupo, delgado, alto, con gafas de sol que cubrían su mirada y un conjunto de cuero negro que ocultaba su piel casi por completo. Sin mediar palabra, con un gesto de cabeza, le indicó que se alejase y le siguiese hacia un contenedor pintado de negro, situado justo al pie del muelle que daba al mar.

En su interior los boquetes en el tejado iluminan una instancia casi vacía, con aparatos mecánicos dispersos en el suelo y lo que parece ser una cama al fondo.

- Pensábamos que nunca saldríais del bosque, y me encuentro con que directamente entráis en mi territorio, ¿qué es lo que buscáis? - pregunta en voz baja.
- Nada, una compañera se ha desorientado, no sabíamos que había otros habitantes en la ciudad. - responde la chica secamente.
- Si, ya nos hemos dado cuenta, pero no está bien entrar en la casa del vecino sin permiso.
- la grave voz del chico rebota sobre las paredes del contenedor.

- Lo siento. No volverá a pasar. - intenta escapar la chica de la situación, empezando a sentir una extraña sensación en el ambiente.
- De eso estoy seguro. - sonríe él. - Ya que tenemos la oportunidad de conocernos, me gustaría invitar a vuestro líder al cónclave de gremios. Si vais a vivir en nuestra ciudad conviene que nos ayudemos mutuamente. - esperando una respuesta, cuando el silencio se hace eco, continúa. - todas las lunas llenas, en la plaza central de la ciudad, nos reunimos.
- Estupendo, lo pensaremos. Ahora si no le importa, nos marcharemos. - da un paso hacia atrás la chica, intentando volver al camino.
- Por supuesto. - le acompaña hasta la puerta y camina a su lado hasta la fábrica. De la chimenea sale humo, acompañado del olor a carne recién cocinada. En la puerta descansa la bicicleta que la chica había ocultado - Espero volver a verte pronto. - se despide invitando a la chica a montar en el vehículo.

Ella no está dispuesta a marcharse, pero no puede hacerle frente. Al apoyarse en el pedal, sobrepasa la cabeza de su acompañante y puede vislumbrar por la rejilla de la puerta el interior del local. Allí los hornos funcionan a pleno rendimiento, fundiendo metal y algo más, cuerpos de animales cuelgan de cadenas desde las vigas del techo. Entre esos cuerpos la chica cree encontrar aquello que iba buscando. Mientras pedalea, escapando de aquel lugar, contiene las náuseas y reprime las ganas de volver la vista atrás. A través de las gafas de sol, los ojos del chico no la pierden de vista hasta que abandona el sendero hacia el bosque. Nada comentó la chica de lo sucedido a sus compañeros, siguiendo todos con sus rutinas durante unas semanas más.

Con la luna llena, la chica se encaminó hacia la plaza del antiguo ayuntamiento, cargando en los pantalones un cuchillo, una cerbatana y un tirachinas, las únicas armas que había conseguido perfeccionar en tan poco tiempo. A medida que se iba acercando al punto medio del mapa pudo escuchar un sonido que llevaba tiempo sin oír, los motores de varios coches pasaron a varias calles de distancia, retumbando entre los edificios en ruinas. Una moto se detuvo, cortándole el pase. Sobre el sillín, el chico de cuero negro la invita a subir. No queda ni un kilómetro para su destino, pero ve más peligroso rechazar el ofrecimiento que tomarlo. Así que se coloca en la parte de atrás y se agarra al chico, hasta llegar al destino.

Allí los focos de tres todoterrenos, tuneados y modelados a gusto de cada gremio, iluminan la fuente semiderruida de la plaza y las personas que se sitúan a su lado, de pie, alrededor de una gran piedra convertida en mesa. La luz de la moto se suma a esta iluminación, y sus dos integrantes se suman a las otras cuatro sombras que rodean la mesa.

- Bienvenidos todos. - saluda una mujer ya entrada en edad, que viste unas pesadas pieles, cubriendo su cuerpo por completo. La respuesta no se hace esperar, los invitados

responden al saludo y esperan, en silencio, a que la anfitriona continúe. - Nos alegramos de poder contar con la presencia del sexto clan en esta noche del sexto mes del año. - acaricia con un dedo tembloroso el papel que hay sobre la mesa, en el que un mapa de la ciudad tiene marcado en diferentes colores distintas zonas del territorio. El morado es el color que han designado a la zona del bosque y el edificio que los recién llegados están utilizando. - Tenemos mucho que hacer antes de la llegada del invierno. Espero que todos continuemos colaborando como hasta ahora, y por eso os he convocado. Como bien sabemos y sufrimos desde hace años, la enfermedad continúa extendiéndose a personas cada vez más jóvenes de cada gremio. Me gustaría que compartiésemos nuevamente todo aquello que sabemos y hagamos un nuevo intento por encontrar la cura.

- Qué más quieres que hagamos, esos conocimientos se perdieron hace años. Por muchas pruebas que hagamos, nada parece funcionar. - interviene el hombre a su izquierda, resoplando con desesperación.
- Quizá la sangre nueva pueda arrojar algo de luz, al fin y al cabo, todos sabemos que al menos ellos sí que recuerdan las letras, o no se habrían llevado los libros de la biblioteca.

La chica comienza a sentirse incómoda al notar todas las miradas sobre ella. Su objetivo al acudir a aquella reunión era bien diferente del que ellos buscaban. Evaluando la situación en silencio, todos se impacientan y susurran a sus compañeros. Las negociaciones se extienden mientras la luna asciende en el cielo. La chica, poco a poco, consigue la información que buscaba, así como el historial de la enfermedad que ataca a la población, cultura sobre la propia civilización en la que se encuentran y jurisdicción para utilizar el laboratorio que posee. Entre los gremios, cada clan se ha especializado en diferentes materiales y tratamientos durante décadas, sin grandes avances en el campo de la medicina. La tecnología es un lujo que no necesitan permitirse. Sin ella han aprendido a sobrevivir.

La vuelta al bosque llevó a la chica menos de la mitad de lo que tardó a la ida, porque el líder de los metalúrgicos se ofreció a llevarla en moto. Por suerte, el ruido del motor impide que hablen en el trayecto hasta llegar al edificio. Unas pocas calles antes ella le pide que se detengan. No quiere alertar al equipo de vigilancia de su llegada o de la presencia de un intruso. Antes de que pueda caminar dos pasos en la dirección correcta, el chico indica con un grito el lugar y la hora a la que la recogerá para llevarla hasta el laboratorio, y sin más, desaparece, dejando una estela de polvo blanco a la luz de la luna.

El día siguiente los campamentos vuelven a su rutina, salvo por el todoterreno que recorre cada uno de los territorios encargándose de que se produzca el intercambio de material acordado en la reunión. Cada gremio facilita en la manera que puede la investigación de la chica, con muestras de antiguos animales conservadas, herramientas para el laboratorio, mapas del terreno y cielos dibujados durante años, viejos aparatos electrónicos inservibles... No esperaba encontrar gran cosa al cruzar las puertas del laboratorio, pero

con todo lo que la habían provisto, estaba segura de poder llevar a cabo sus investigaciones.

Una nueva responsabilidad suele desencadenar un abandono de las demás, y en el caso de la chica no fue muy diferente, perdiendo la noción del tiempo y sus otros objetivos. Noche y día, fascinada con el resultado que iba encontrando, y las hipótesis que se podía plantear, a veces se olvidaba incluso de comer y la familia pasó a convertirse en algo totalmente secundario.

En la siguiente noche de luna llena, cuando no se presentó allí donde debía acudir con los resultados, recibió una visita en el laboratorio. Por sus puertas traspasó la figura de cuero que tantas veces había sido su transporte para llegar hasta el cráter del bosque en las últimas semanas. Al principio no dijo nada, se sentó a su lado esperando a que la chica terminase de hacer anotaciones en el cuaderno.

- Es luna llena. - comentó cuando concluye, acariciándole el pelo.
- No me había dado cuenta. - responde sincera, devolviéndole una sonrisa. - ¿aún estamos a tiempo de llegar?
- Deberías cambiarte de ropa antes.

Sorprendida y algo confundida, no es capaz de recordar que hace una semana que viste la misma camisa y pantalones, dato que a él no le ha pasado inadvertido. Los minutos que tarda en cambiarse en la habitación de al lado los recuperan conduciendo a toda velocidad hasta la plaza de la ciudadela. Allí el cónclave espera recoger los frutos de su investigación. No iba a resultarle nada fácil explicar toda la información recogida y datos obtenidos, pero en el trayecto la chica ha tenido tiempo de meditar que es el momento de mostrar todas las cartas sobre la mesa y volver a casa.

- La enfermedad de la que habláis no viene de un agente externo. - comienza, colocando los papeles sobre la mesa, y meditando sobre las palabras escogidas para expresarse, se corrige - no procede del exterior. El sol y la luna no causan que vuestra piel se deteriore, se puede exponer a sus rayos y no sufrir daños si utilizáis un protector, que puede aplicarse directamente sin reacciones adversas. - en este punto coloca sobre la mesa un frasco con el protector solar que ha podido fabricar y una hoja con la receta anotada, aunque sabe que está solo una persona podrá leerla, y para los demás será transmitida como una historia.
- ¿Cómo sabemos que funciona? - pregunta recelosa la mujer examinando el bote transparente.
- Lo hace - interviene el motorista, que se encuentra con el pecho expuesto a la luz de la luna sin mostrar síntomas de dolor o enfermedad.

La chica sonríe victoriosa cuando escucha el sonido de la motocicleta acercándose hasta el laboratorio. Esta vez no le pedirá a su transportista ir a otro lugar, ni conseguir nuevos materiales, por el momento no los necesita. Ha conseguido dar con la fórmula que convertirá los sueños de los habitantes de la ciudad en realidad, y con ello ganará sus corazones.

- Hoy no necesito que me traigas nada. Solo que te quedes aquí hasta que anochezca. - anuncia al recién llegado.
- ¿Y qué haremos hasta entonces? - pregunta curioso el chico.
- Te enseñaré a leer y escribir. - Esto no era completamente necesario, pero la chica siente una especie de deuda con el chico, y que una vez que ella no esté, alguien debería ser capaz de extraer el conocimiento de los libros, así como documentarlo todo.

La sesión de aprendizaje se podría haber alargado más allá del anochecer, pero cuando quedaban escasos minutos para que eso sucediera, la chica pide a su acompañante la chaqueta de cuero. Receloso al principio se la quita, esperando una reacción diferente de la chica cuando esta le pide que cierre los ojos. Con las manos suaves de llevar una semana manipulando geles, extiende por su piel el gel protector, repasando las cicatrices y marcas de su dorso y espalda. Después, con la misma delicadeza, coge las manos del chico y le guía, aún con los ojos cerrados, hasta el tejado del edificio.

Ni muy alto ni muy bajo, los rayos anaranjados del sol se cuelan entre los edificios de más tamaño produciendo un espectáculo de colores que llena de lágrimas los ojos del chico, al sentir como esos rayos también acarician suavemente su piel. La pareja no abandonó ese lugar hasta la mañana siguiente, en la que el amanecer acarició la piel de sus cuerpos desnudos.

- Bien, está bien, sin duda es un gran descubrimiento. - concluye la mujer. - Pero no era eso lo que debías investigar. ¿Qué ocurre con la enfermedad?
- Como os he dicho, no procede del exterior, sino de vuestro interior. - continúa la chica exponiendo lo que ha descubierto. - Nuestra sangre está formada por millones de diminutas células, que nos mantienen vivos, y algo más, partículas modificadas que nos ayudan a combatir enfermedades y nos hacen más eficientes, más máquinas y menos humanos...
- Entonces no deberíamos ponernos enfermos. - se impacienta la mujer golpeando la mesa.

- Estas partículas están programadas para que cuando el organismo deje de ser plenamente funcional, simplemente se apague. No hay manera de detenerlas. Al menos no con los medios que tenemos. - un suspiro cruza la mesa de piedra antes de que la chica pueda continuar. - Pero en teoría un pulso eléctrico lo suficientemente potente debería destruir estas partículas. En el laboratorio lo he comprobado con pequeñas dosis de sangre y los resultados han sido positivos. El problema es que en un cuerpo hay una gran cantidad de sangre y con la cantidad de población que tenéis... necesitaríamos más energía de la que ahora poseéis para destruir las partículas de todos vosotros en una sala controlada. - explica la chica, devolviendo la esperanza a los presentes por un segundo. - Por eso he estado midiendo la cantidad de energía acumulada en el cráter y creo poder redirigirla para crear un impacto eléctrico lo suficientemente potente como para que destruya todas las partículas de los habitantes de la ciudad. - concluye.
- El resplandor blanco. - susurran todos al unísono.
- Hija, estoy segura de la veracidad de todo lo que nos has contado. - interviene la anciana.
- Pero no eres de por aquí, así que no hay manera de que sepas lo que a mi abuelo le contó su abuelo que su abuelo una vez le dijo. El inicio de toda esta situación, este mundo en ruinas fue el resplandor blanco. - sin duda una historia que la chica no había tenido la oportunidad de escuchar. - Y vosotros llegasteis con ese mismo resplandor, como salvadores que acuden al rescate. Pero ahora sabemos que tú no lo eres y que posiblemente lo que nos acabas de contar solo es una parte de la verdad, una parte en la que tú no ganas nada. - el silencio que acompaña a esta conclusión se alarga más de lo necesario antes de que la chica rompa el silencio.
- Os he ayudado a cambio de que mi colonia pudiese vivir en paz en el bosque. Eso es todo, no hay ninguna razón más allá de ello. - responde sin convicción.
- Por supuesto, y de ser así entonces podrías deciros el número de habitantes de tu gremio. - expone burlona la mujer.
- Bueno, he estado investigando durante las últimas semanas para poder daros una solución, pero, a menos que alguno haya caído enfermo, diría que seguimos siendo veinte. - comenta dubitativa la chica.
- Sí, sin duda podríais ser veinte, si contamos a los que ahora descansan bajo tierra. Es curioso que pensaseis que nunca advertimos vuestra llegada ni seguimos vuestros movimientos. Os asentasteis realmente bien, rápido... eficiente es la palabra. Pero no eras tú la cabeza al frente de ese grupo. - hace una pausa para mirar a los ojos a la chica. - Todo empezó a torcerse el día que tú abandonaste la línea que os separaba de los demás. Se podía ver desde la distancia que tus ansias de saber distorsionaban la rutina del resto. Hasta el punto de que perdisteis a la primera en el puerto. - la chica traga saliva al recordar aquel incidente. - Y tras eso, crees que no veríamos caer a

vuestro líder, ahora responde hija ¿qué es lo que ganas convocando al resplandor blanco?

Era la noche en la que la chica se había internado en territorio no permitido, todo lo sucedido la había excitado demasiado como para que pudiese disimular delante de sus compañeros. El líder lo supo antes de que pisase el campamento, y la apartó de los demás, antes de que hiciese reales sus esperanzas. Escuchó con paciencia y calma la historia que la chica le contó, la hipótesis de un viaje en el tiempo, los experimentos a los que habían sido sometidos, sus modificaciones, el cráter... para la familia sería demasiado solo con conocer la mitad de lo que el cerebro de la chica cavilaba, caerían presas de la desesperación y la desesperanza.

Ni siquiera dejó que su compañera compartiera la comida con los demás. Sin vacilar, subieron hasta la azotea del edificio para discutir bajo las estrellas lo que hacer. Aunque para el líder no había nada que discutir. Enterrarían todo aquello para no volver a nombrarlo, y se acostumbrarían a la nueva vida que se les presentaba por delante. Pero ella no quería mentir, quería descubrir más sobre el pasado, su futuro, quería dar a sus compañeros una razón para continuar. Pero para él era demasiado arriesgado, no estaba justificado el riesgo ante una posible histeria colectiva. Los ánimos ya pendían un hilo en la actualidad.

No parecía que fueran a llegar a un acuerdo. Y por primera vez desde que compartían compañía, el chico estaba dispuesto a imponer su criterio, sin escuchar otras razones, sin dar el brazo a torcer. Dispuesto a silenciarla dio la conversación por concluida con su veredicto de ocultar la verdad. Pero ella simplemente no podía aceptarlo, no creía que fuese lo correcto. Así que empujó el desprevenido cuerpo de su compañero mientras caminaba hacia la puerta al interior, y se encontró pisando el vacío en caída libre hasta el huerto. Ella no miro hacia abajo, ni siquiera se asomó cuando escuchó el golpe. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. ¿Era eso lo que pretendía conseguir? ¿era un coste necesario para salvarlos a todos? ¿de verdad les salvaría? Solo podía creer en que estaba en lo cierto.

A la mañana siguiente ella misma cavó la tumba de su compañero y confesó al resto todos sus hallazgos y teorías. Esperaba una reacción más alegre de sus amigos, pero habían perdido a un miembro esencial de la familia, y ni el tiempo ni el espacio se lo iba a devolver.

- Volver a casa, devolver a todos a casa, eso es lo que saco recreando el resplandor. O al menos eso es lo que creo. - responde la chica con voz quebrada después de unos minutos de silencio. - Ese pulso fue el que nos trajo y nos devolverá a dónde venimos.
- ¿Y de dónde venís exactamente? - esta vez es el chico el que pregunta directamente.

- Del pasado. - vocaliza lentamente cada sílaba la chica. En vista de que todos parecen esperar una explicación, continúa. - Sabía dónde encontrar la biblioteca y el resto de los edificios en la ciudad porque es mi ciudad, nuestra ciudad, vivimos aquí, cuando las calles estaban llenas de vida. Lo único que no estaba ahí es el cráter del bosque. Vuestros libros concluyen años después de que nosotros viviésemos, pero no mucho más allá, y en algunos de ellos se habla de modificaciones genéticas... las partículas de vuestros cuerpos. Esas partículas que todos tenéis, en nuestra época sólo las tenemos nosotros. Somos todos huérfanos, criados por el ejército como armas, aún por pulir. Experimentaron con nosotros cuando aún no habíamos nacido para implantarnos esas partículas. Y por el momento parece que estamos reaccionando bien. - expone toda la información que ha sacado de los libros, y que desconocía cuando se disponían a hacer la excursión al bosque - No sé qué tipo de evento desencadenó que toda la población poseyese las partículas, pero hasta donde cuentan los libros, nosotros desaparecimos para siempre. Mis suposiciones son que en el cráter se encontraba un centro de investigación en el que algo salió mal, nos trasladó hasta aquí cuando detonó en nuestra época y en la de vuestros antepasados, reconfiguró las partículas, las perfeccionó para sólo sostener vida en su máximo esplendor.
- Gracias por compartirlo con nosotros. Entonces estás dispuesta a activar una bomba a cambio de volver a tu tiempo. - asiente la mujer. - Aunque parece que sigue sin importarte lo que tu clan quiera o necesite. Déjanos y al amanecer tendrás nuestro veredicto.

La chica titubea antes de marcharse, caminando, hasta los edificios que han refugiado a su familia. El huerto ha disminuido considerablemente de tamaño, dejando sitio a nuevas estacas que sobresalen de la tierra marcando el final de otras vidas que no ha tenido la oportunidad de ver apagarse. En el interior, el fuego aún ilumina algunas sombras, que esperan su regreso desde hace días. Llenando sus pulmones de aire sabe que esta vez no podrá evitar contar la verdad, toda ella, a las personas en las que desde un principio debería haber confiado.

Dos días después todos los supervivientes del sexto clan están reunidos en el centro del cráter, todos los que habían decidido intentarlo y no formar parte de otros gremios. Ese era el acuerdo al que habían llegado, permitir a cada persona elegir lo que quería hacer, en lugar de seguir a un líder cegado por sus intereses. La chica no podía negarlo, era un hecho, y ya no podía volver atrás. Una parte de ella esperaba que al volver todo siguiese como estaba, explorando el bosque siguiendo la mochila de su compañero. Aunque sabía que las posibilidades de aquello eran todavía más escasas que la teoría de volver a su tiempo.

Algunos jefes de otros gremios se habían acercado hasta el lugar, manteniendo una distancia de seguridad, tal y como la chica les había indicado. No estaba segura de poder configurar realmente la cantidad de energía requerida para repetir el evento catastrófico, pero estaba dispuesta a intentarlo desde el viejo panel de control. En los árboles varios

pares de ojos seguían sus movimientos, mientras conectaba baterías y cables a un panel de control.

- ¿Quién lo va a activar? - susurró el chico hacia sus adentros achinando los ojos para ver con claridad.
- Ella, evidentemente. Es su manera de redimir lo que ha hecho. - responde la anciana dibujando una sonrisa bajo la capucha de pieles. Es la única de los presentes que no está utilizando el protector solar.

Aunque todos tenían indicación de no mirar directamente el resplandor, el rayo de luz blanca atravesó los árboles y cristales rotos de la ciudad en un segundo, cortando el viento en silencio. Y tras ese segundo en el que sólo la anciana pudo mantenerse en pie, el cráter comenzó a hundirse en la tierra, tragándose árboles y maleza a su alrededor.

Nadie preguntó sobre el éxito de la misión, tendrían que esperar años hasta la próxima defunción y asegurarse de aplicar todos los conocimientos médicos que el gremio más efímero de la ciudad les había regalado. Hasta entonces sólo podían confiar en que el destello blanco no solo marcaba el final de una etapa, sino el comienzo de una nueva.